

---

# Sobre *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)*, de Patricia Fumero Vargas

About *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)*, by Patricia Fumero Vargas

SAJID ALFREDO HERRERA MENA

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador  
sherrera@uca.edu.sv

**Resumen:** Este texto reseña el libro *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)*, de Patricia Fumero Vargas, publicado en San José por la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

**Palabras clave:** Centroamérica, festejos, centenario, Día de la Independencia

**Abstract:** In this text the author reviews the book *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)* edited by Patricia Fumero Vargas, published in San José by Editorial de la Universidad de Costa Rica.

**Keywords:** Central America, Celebrations, Centennial, Independence Day

**Recibido:** octubre de 2021; **aceptado:** noviembre de 2021.

**Cómo citar:** Herrera Mena, Sajid Herrera. "Sobre *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)*, de Patricia Fumero Vargas". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 42 (2021): 153-160. Web.

*Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)* de la historiadora costarricense Patricia Fumero Vargas nos invita a reflexionar sobre una “primavera” centroamericana en las primeras dos décadas del siglo XX. En efecto, la autora analiza en este interesante libro la construcción de la unidad ístmica y de su identidad a través de las celebraciones del primer centenario de la independencia, así como de la esfera pública construida en esos años.

Se trató de una “primavera” porque las interesantes experiencias sociales y políticas vividas en la región fueron efímeras, aunque sus ondas expansivas continuaron influyendo en las siguientes décadas. La creación de una República federal se vino abajo no solo por desacuerdos entre los países involucrados sino también por el cierre de espacios democráticos en algunos de ellos. El combativo movimiento unionista, surgido a inicios del siglo y que durante las celebraciones centenarias tuvo una interesante participación, terminó colapsando en 1921. Además, la Constitución federal, sancionada en Tegucigalpa el 15 de septiembre de aquel año, “nació muerta” (128), con lo que fracasaron las apuestas de los trabajadores urbanos por legalizar e institucionalizar sus demandas en materia social, laboral y política.

Este período estudiado por la autora, que podríamos caracterizar como de liberalización del régimen, siguiendo al sociólogo norteamericano Paul Almeida, nos muestra los poros por los que los sistemas políticos dejaron el camino abierto a los integrantes de la sociedad civil para actuar sin represión. En Guatemala, por ejemplo, los ciudadanos pudieron expresar sus críticas al gobierno de Carlos Herrera por medio de la libertad de prensa que este mismo favoreció. Por su lado, el gobierno salvadoreño estableció una alianza con los trabajadores y los sectores populares; aunque, a decir verdad, las condiciones internas y externas del país le exigieron al régimen la inclusión de dichos sectores dentro de las políticas económicas estatales. El número de asociaciones de artesanos y trabajadores urbanos, no así de campesinos, que participaron en toda la región durante los festejos nos muestra esa apertura política, pero también la diversificación de las actividades económicas y la influencia de procesos revolucionarios como el mexicano y el ruso, de corrientes ideológicas diversas como el anarquismo, el socialismo o la doctrina social de la Iglesia y de las prácticas asociativas estadounidenses.

El Centenario estuvo marcado por dos importantes conmemoraciones de carácter ístmico. En Tegucigalpa se llevó a cabo el Congreso federal, en cuyo foro se firmó la Constitución federal de 1921, y, además, se constituyó la República Tripartita la cual tuvo una corta vida debido al golpe de estado en Guatemala, perpetrado el 15 de diciembre de 1921.

En el Congreso centroamericano se ventilaron y analizaron asuntos como la libertad de expresión, de asociación, la igualdad ante la ley, la alternancia política, los límites al poder militar, entre otros. Por su lado, la Constitución federal de 1921 incorporó en su texto aspectos como la educación, la ciudadanía o los límites al poder militar. Además, proporcionó las bases para futuras leyes en torno a la paternidad y a una pensión alimenticia en el caso de los hijos fuera

del matrimonio. Con todo, si bien se reconocía el voto activo a las mujeres, no se les otorgaba el voto pasivo. De hecho, la gran mayoría de la población del istmo estaba excluida de este derecho, así como del sistema educativo formal. A excepción de Costa Rica, en el resto de los países se exigía la alfabetización para la inclusión ciudadana por lo que este requisito se convertía en la base para privar a muchos individuos de sus derechos políticos. Con respecto a los indígenas, la Constitución federal de 1921 abogó por su educación, pero en un sentido occidentalizado.

La otra conmemoración de carácter regional ocurrida en el istmo se realizó en la ciudad de Guatemala. Allí tuvo lugar tanto el congreso de trabajadores como las celebraciones oficiales de la independencia centroamericana. Los delegados de los trabajadores de los cinco países se reunieron por segunda vez en aquella ciudad en el mes de septiembre de 1921, pues ya lo habían hecho en 1911 en San Salvador, y decidieron fundar la Confederación obrera centroamericana. Confiaron en que sus resoluciones serían incorporadas en las legislaciones de cada país, tal como lo había hecho la Constitución federal de 1921. En efecto, la Constitución federal ya había integrado en su texto demandas como las que contenía el artículo 163, en donde quedó establecida la jornada laboral de 8 horas diarias, aunque la seguridad al interior del trabajo quedaba bajo responsabilidad de los empleados.

En el Congreso, los trabajadores discutieron temas como el sindicalismo, la conciencia de clase y la proletarización; asimismo, temas como la maternidad, el trabajo infantil y la condición de los trabajadores migrantes. Apostaron por el sindicalismo pero bajo patrones antiguos pues proponían mutuales o cajas de ahorro. El tema étnico y campesino no fue abordado con suficiencia, salvo algunas alusiones hechas de manera aislada. En cualquier caso, como lo reitera la autora, este foro regional fue posible por las aperturas de los regímenes de la región y les permitió a los trabajadores (así como a otros sectores de la sociedad civil de la época), un protagonismo indiscutible en la esfera pública centroamericana.

La autora no reduce su narrativa a describir las celebraciones del Centenario sino más bien explica, por ejemplo, cómo estas se convirtieron en espacios con múltiples propósitos. Uno de ellos fue la educación. Así, en Guatemala las celebraciones buscaron educar a la población, sobre todo en los valores unionistas, aunque ello no obstó para que sus organizadores buscaran el entretenimiento de los asistentes. En Costa Rica, el Centenario fue una oportunidad para revertir las críticas hechas al gobierno sobre las carencias de la enseñanza pública en torno a la enseñanza de los valores nacionales. En ese sentido, se quiso mostrar la civilidad que había alcanzado el país a través de la educación, por lo que su nacionalismo se basó en la apología de la sociedad civil y la democracia. De ahí que una celebración cívica muy arraigada desde el siglo XIX, como lo era la Campaña Nacional o la guerra en contra de los filibusteros, fue desplazada durante los festejos por otra guerra: la que se libraba en contra de la ignorancia y la incivilidad. No fue extraño, entonces, que el 15 de septiembre fuese develada la estatua del ex presidente Juan Rafael Mora Fernández, frente al Teatro

Nacional de San José, recordando sus esfuerzos por la educación pública y la reforma agraria en el país. Igual reconocimiento tuvieron por los mismos logros otros presidentes del siglo XIX como José María Castro y Jesús Jiménez. Por lo anterior, las celebraciones oficiales se centraron en el ámbito educativo, con participación masiva de estudiantes en desfiles, actos culturales y deportivos, aunque no por ello dejaron de celebrarse actividades lúdicas desde la iniciativa privada como las organizadas por las asociaciones de trabajadores.

En Nicaragua y El Salvador, debido a sus deficiencias en el sistema escolar, las celebraciones a través de los rituales políticos, como el juramento a la bandera, sirvieron para el aprendizaje en los niños de los valores, los símbolos y el panteón de héroes y mártires de estos países. No es extraño, entonces, que en lugares como El Salvador y, a diferencia de Costa Rica, no hayan sido los estudiantes el centro de atención de las celebraciones, sino los trabajadores y los militares. En ese sentido, nos dice la autora, tanto las elites políticas de Nicaragua como El Salvador fueron incoherentes porque apelaron constantemente a la civilización y al progreso mediante la educación pero en la práctica solo favorecieron a ciertos grupos con la escolarización.

Por otra parte, el Centenario fue la oportunidad para reinventar los imaginarios locales. En Nicaragua posibilitó la renovación de la memoria colectiva, destacando distintos momentos y lugares históricos. Así, debido a las revueltas populares que ocurrían en el país, las autoridades decidieron celebrar el Centenario durante los días 23 y 25 de diciembre en la ciudad de Granada, aprovechando para recordar los levantamientos insurgentes contra el dominio español ocurridos en 1811. Pero, asimismo, hubo festejos los días 14 y 15 de septiembre, conmemorando la batalla de San Jacinto en el contexto de la Guerra Nacional contra los filibusteros y la independencia de España, respectivamente. En El Salvador, el Centenario fue una oportunidad para finiquitar la deuda que se tenía sobre la definición de los símbolos patrios, pues estos dependieron de los caprichos de diversos regímenes políticos durante el siglo XIX. Con todo, tanto en El Salvador como en Honduras, y a diferencia de Costa Rica, se juró una doble lealtad, al país y a la federación, debido a que no habían logrado consolidar su proyecto de construcción nacional.

El Centenario fue una oportunidad para refrendar el unionismo centroamericano y oponerse al intervencionismo estadounidense, aunque no sin mayores desacuerdos. Debido a gobiernos corruptos y autoritarios, pero también al intervencionismo estadounidense en la región (hubo 15 intervenciones militares y diplomáticas en el istmo), se formaron desde inicios del siglo XX una serie de partidos de corte unionista en los 5 países. Sus fundadores y miembros –jóvenes intelectuales, hombres y mujeres, incluso trabajadores– habían crecido o se habían forjado con los renovados principios liberales. Estaban convencidos de que solo una región unida posibilitaría no solo su progreso sino también lograría su defensa ante el amenazante coloso del norte. Estas aspiraciones se vieron respaldadas por el reconocimiento a la autonomía de los países centroamericanos otorgado por el Tratado de Versalles (1919) y la Liga de las Naciones (1920-1946).

Desde la anterior perspectiva, las conmemoraciones oficiales en Guatemala buscaron subrayar la unidad ístmica, reviviendo el antiguo ideal de la Federación, como una manera de hacer un frente político ante el intervencionismo en la región (en 1912 Estados Unidos ocupó Nicaragua y en 1919 intervino en Honduras). Con la asistencia de las delegaciones centroamericanas a las celebraciones oficiales en Guatemala quedó en evidencia no solo el recuerdo y respeto al lugar en donde había sido firmada el acta en 1821, sino también los intentos por mantener una identidad regional. En efecto, se pretendió que los invitados se sintiesen, primero, centroamericanos y, después, hondureños o costarricenses.

En Guatemala también se vivió un episodio antiimperialista. Estuvo protagonizado por las delegaciones centroamericanas asistentes en contra de Emiliano Chamorro, integrante de la comitiva nicaragüense y firmante del nocivo tratado Bryan-Chamorro. Dicho tratado perjudicó al istmo a partir de las ventajas geoestratégicas obtenidas por Estados Unidos en la región. Muchos se manifestaron pública y airadamente en contra de la presencia de Chamorro en Guatemala.

Ahora bien, el sentimiento unionista y antiimperialista estuvo presente en las celebraciones de los otros países, algo que no ocurrió en Costa Rica. En este país, el gobierno y los organizadores, en lugar de destacar los ideales unionistas, se enfocaron en las particularidades de la identidad costarricense. Pero el caso nicaragüense es paradigmático con respecto a convertir a las celebraciones centenarias en una plataforma ideológica de combatividad frente al intervencionismo e imperialismo estadounidense. El comandante de una unidad militar que se enfrentó a los filibusteros en la Guerra Nacional, José Dolores Estrada, fue convertido en un héroe y la batalla en la que venció a los invasores el 14 de septiembre de 1856, conocida como batalla de San Jacinto, se construyó como un momento épico de defensa de la soberanía nacional. Por ello, esta batalla fue representada y recreada en diversos actos públicos.

El libro tiene el mérito de revelarnos la participación de un actor importante: la Iglesia; incluso su misma ausencia en algunas de las celebraciones ratificó su poder dentro de la sociedad de la época. Y es que en la ciudad de Guatemala los festejos oficiales del Centenario tuvieron un carácter secular sin intervención de la Iglesia, no así en otras localidades urbanas y rurales del país. En la capital, la Iglesia hizo sus festejos por aparte y de manera paralela. De hecho, la autora llama la atención sobre la coincidencia de las celebraciones seculares con la consagración del nuevo arzobispo, Luis Muñoz y Capurón, llevada a cabo en la catedral el mismo 15 de septiembre. Mientras se realizaba el evento oficial en la plaza central de la ciudad, sucedía al lado, la procesión de centenares de fieles que acompañaban al recién llegado arzobispo, en una demostración de fuerza social y política sobre las autoridades, calificadas por los medios católicos como de falsos liberales.

En el caso costarricense, salvadoreño, nicaragüense y hondureño la situación fue diferente. Pero, sin lugar a dudas, Costa Rica representó la antípoda a lo sucedido en Guatemala. De acuerdo a la autora, los festejos revelaron el cambio de mentalidad de las élites liberales de 1921 con respecto a las de la década de

1870 en torno al tema de la secularización. Es más, revelaron los esfuerzos de la Iglesia por su integración en la esfera política. Por ejemplo, el controvertido obispo Bernardo Augusto Thiel, quien se distinguió por su antiliberalismo en 1880, fue declarado benemérito padre de la patria dentro de las celebraciones centenarias, aprobándose la construcción de un monumento en su honor. Además, los eventos religiosos fueron integrados a los civiles, como los Te Deum y las procesiones.

La autora nos ofrece también en su libro un interesante análisis sobre la integración social lograda durante el Centenario y de cómo los festejos fueron termómetros para medir en la vida cotidiana la aplicación de principios jurídicos como el de la igualdad. Al respecto nos dice que hubo por parte de los organizadores una intención de inclusión de los sectores populares urbanos en las celebraciones. Así, en Guatemala se convocó a los ciudadanos (organizaciones, estudiantes, gremios, etc.) para que participaran en la elaboración del programa de festejos. No obstante, a pesar de estos ímpetus de igualdad, se terminaron organizando actividades diferenciadas para las elites como para los subalternos y la ubicación geográfica de algunas de ellas no permitió el acceso para todos los ciudadanos y el público en general. Los sectores pudientes asistieron a banquetes, conciertos, teatros; mientras que los subalternos, a corridas de toros, carreras de caballo, circos, entre otros.

Algo similar ocurrió en Costa Rica. Allí el gobierno subrayó un discurso de igualdad ciudadana dentro de las celebraciones, pero en la práctica primó un espíritu jerárquico y de condición de clase en eventos como banquetes y bailes. Esa fue también la característica en el resto de Centroamérica, aunque no por ello la autora deja de destacar la inclusión de los subalternos en la construcción de estos espacios lúdicos y conmemorativos, como se observó en El Salvador en donde los gremios de artesanos, las sociedades de trabajadores y las mujeres pudieran participar y sentirse artífices de los programas, organizando eventos, proporcionando ayuda económica, elaborando carrozas, etc. O en Honduras, en donde si bien no se contemplaron celebraciones populares de manera oficial, no por ello se dejaron de programar actividades en los pueblos en los que se formaron comités con participación de las mujeres. El libro, incluso, nos enfatiza que las jerarquías observadas en las celebraciones no deben opacar los esfuerzos que hicieron los trabajadores de la región por exigir derechos y mejores condiciones laborales.

¿Qué presencia tuvieron en los festejos los indígenas y los otros grupos étnicos de la región? En la misma línea de la integración social y la igualdad, el libro nos hace otro aporte fundamental al mostrarnos a sociedades que pujaban por avanzar en la defensa de derechos civiles y laborales para amplios sectores de la población ciudadana, no del ámbito rural. La poca o nula visibilidad de campesinos, indígenas y afrodescendientes en las noticias periodísticas sobre los festejos no solo ha sido una variable que se la debemos adjudicar a las fuentes, como muy bien sostiene la autora, sino también a un interés por sus derechos que todavía no había logrado cuajar dentro de la cultura política de ciertos sec-

tores ciudadanos. Aunque en la Constitución federal de 1921 se señaló que el Estado estaba obligado a proporcionar a los indígenas una “enseñanza adecuada” para adquirir conocimientos de educación primaria, industrial y agrícola, en las demandas de los trabajadores urbanos no hubo una preocupación primaria por estos u otros grupos étnicos.

En la construcción de una memoria o de un imaginario nacional, el pasado indígena fue recordado probablemente porque para la narrativa nacionalista de la época pesaba más la imagen del valeroso guerrero que enfrentó a los conquistadores que las comunidades existentes a inicios del siglo XX. Algunos episodios nos lo muestran como la ejecución de una sinfonía indígena en las celebraciones oficiales de la ciudad de Guatemala, la dramatización de la vida prehispánica en Comayagua, Honduras, o el puesto de honor que se les adjudicó dentro de las celebraciones salvadoreñas, al valorizar su pasado y su resistencia a la conquista española. La diferencia la constituyó Costa Rica, en donde se construyó el imaginario de blancura de la población, seleccionando el panteón de héroes y mártires nacionales con exclusión de mestizos, indígenas, afrodescendientes y de otros grupos étnicos.

La autora también nos revela cómo los festejos fomentaron una cultura del consumo, al analizar lo ocurrido en Guatemala. Allí la conmemoración centenaria generó la creación de nuevas necesidades, fomentando una sociedad de oferta y consumo y en la que la prensa jugó un papel primordial, sin desmeritar las hojas volantes o los productos promocionales. Objetos decorativos, materiales de construcción, automóviles y servicios fueron ofrecidos en la prensa, creando una falsa sensación de inclusión democrática, cuando lo que sucedía era el fomento de una diferenciación social a partir de la capacidad de acceder a dicha oferta anunciada. Asimismo, el Centenario generó en Guatemala una transformación espacial de la ciudad, como ocurrió en otras capitales. No solo se trataba de embellecerla para las celebraciones, sino también de convertir esos espacios públicos en una escuela para el aprendizaje sensorial de los ciudadanos sobre su pasado y los orígenes de su nación. Se crearon nuevos parques o plazas, se restituyó la centralidad de algunas plazas existentes desde la colonia, se crearon monumentos y construyeron edificios públicos como el palacio del Centenario en Guatemala.

Para finalizar, el libro tiene la virtud de llevarnos inevitablemente a enlazar el Centenario de la independencia centroamericana con el Bicentenario. Mientras en 1921 hubo participación de diferentes actores sociales en los programas, en el 2021 nos percatamos que en algunos países esta participación no solo fue exigua o nula por la misma pandemia sino también por el elitismo que manejaron sus gobiernos para imponer su propia agenda. Mientras que en 1921 hubo una cooperación entre los distintos países para celebrar el Centenario, sobre todo de las asociaciones de trabajadores, en el año 2021 asistimos a una desarticulación y a una segmentación nacionalista de los festejos. Asimismo, en 1921 observamos los espacios que los regímenes autoritarios habían concedido para la participación ciudadana en la programación y en los festejos mismos. En el

2021, en cambio, nos enfrentamos a nuevas olas de autoritarismo y a regímenes dictatoriales que, aprovechando las medidas sanitarias de la pandemia, han legitimado la censura, la persecución y la represión.

Fumero Vargas, Patricia. *Festejos y símbolos: el primer centenario de la independencia de Centroamérica (1921)*. Colección Bicentenario de la Independencia de Centroamérica. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica, 2021. 208 págs. Impreso.